

COLONIAL EMPIRES AND SLAVERY: MATTEO ANGELO GALDI IN THE DIECIOCHESCO EUROPEAN DEBATE

Abstract

During 1700, a passionate debate developed in Europe between those who were in favour of slavery within the American colonial empires and those who wanted to abolish it. An active figure in this discussion was Matteo Angelo Galdi, an Enlightenment scholar from Salerno, who was in favour of extending rights and supported equality among men and the abolition of slavery. In his work «On the trade of negroes. Analysis of a memoir by Mr Linguet», he gave his own interpretation of the problem of slavery in American colonies and slave trade. In this work, not only did he want to prove the human features present in blacks, but he also tried to disprove the French scholar Linguet's theory, for whom the social pact was founded on human disequilibrium.

Keywords

Slavery, colonial empires, rights, Galdi.

Resumen

Durante el siglo XVIII en Europa se desarrolló un encendido debate entre los que eran favorables a la esclavitud en el ámbito de los imperios coloniales americanos y aquellos que defendían su abolición. Una activa voz en el seno de esta disputa fue Angelo Galdi, estudioso salernitano, hijo del Iluminismo, favorable a la extensión de los derechos, a la igualdad entre las personas y a la abolición de la esclavitud. Con su obra *Del comercio de los negros. Examen de una memoria del señor Linguet*, daba su interpretación sobre el problema de la esclavitud en las colonias americanas y el comercio de los esclavos. No solo deseaba demostrar las características de humanidad presentes en los negros, sino que pretendía también desarticular el pensamiento de Linguet, estudioso francés que consideraba el pacto social fundado sobre la desigualdad entre las personas.

Palabras clave

Esclavitud, imperios coloniales, derechos, Galdi.

IMPERIOS COLONIALES Y ESCLAVITUD: MATTEO ANGELO GALDI EN EL DEBATE EUROPEO DIECIOCHESCO

Silvana Sciarrotta¹

Università degli Studi di Salerno

A lo largo del siglo XVIII se dieron las condiciones para un progresivo e inexorable derrumbamiento de los imperios coloniales en América. Los motivos fueron muchos y, claro está, dentro de estos también se hallaba el debate muy apremiante que, en muchas partes de Europa, se desencadenó entre los partidarios de la esclavitud de la población africana en América y los que se atrevieron a desafiar este pensamiento dominante². Para los primeros, era muy importante destacar aquellos

* Fecha de recepción 21 de julio de 2015; fecha de aceptación 28 de septiembre de 2015.

1. Assegnista di ricerca presso il Dipartimento di Scienze Politiche, Sociali e della Comunicazione dell'Università degli Studi di Salerno, dottore di ricerca in Storia dell'Europa mediterranea dall'antichità all'età contemporanea, diploma in Archivistica, Paleografia e Diplomatica presso l'Archivio di Stato di Napoli, autrice di diversi saggi e del volume Artigiani. La rete dei mestieri e l'organizzazione del lavoro a Salerno (1734-1764). silvanasciarrotta@yahoo.it; ssciarrotta@unisa.it

2. Por lo que a la temática de la esclavitud se refiere, cfr. la reseña historiográfica de M. Fioravanti, «Il lato oscuro del moderno. Diritti dell'uomo, schiavitù ed emancipazione tra storia e storiografia», en *Quaderni Fiorentini*, 42, 2013, pp. 9-41 y las obras que se dan a continuación: G. Turi, *Schiavi in un mondo libero. Storia dell'emancipazione dall'età moderna a oggi*. Roma-Bari, Laterza, 2012; L. A. Lindsay, *Il commercio degli schiavi*. Boloña, Il Mulino, 2011; J. Thornton, *L'Africa e gli africani nella formazione del Mondo Atlantico 1400-1800*. Boloña, il Mulino, 2010; P. Delpiano, *La schiavitù in età moderna*. Roma-Bari, Laterza, 2009; J. Ehrard, *Lumière set esclavage. L'esclavage et l'opinion publique en France au XVIII^e siècle*. Bruxelles, André Versailles éditeur, 2008; J. Walvin, *The trader, the owner, the slave. Parallel lives in the ages of Slavery*. Londres, J. Cape, 2007; F. Vergès, O. Pétré-Grenouilleau, *La tratta degli schiavi. Saggio di storia globale*. Boloña, Il Mulino, 2006; J. Postma, *The Atlantic Slave Trade*. Westport-Londres, Greenwood Press, 2003; P.E. Lovejoy, *Transformations in Slavery. A history of Slavery in Africa*. Nueva York, Cambridge University Press, 2000; A. C. Bailey, *African voices of the atlantic slave trade. Beyond the silence anche the shame*. Boston, Beacon Press, 2005; D. B. Davis, *Cbanging the boundaries of Slavery*. Cambridge, Harvard University Press, 2003; P. Finkelman, *Slavery and the Founders. Race and liberty in the age of Jefferson*. Nueva York, M. E. Sharpe, 1996; E. Ginzburg Migliorino, *La Marcia immobile. Storia dei Neri americani dal 1770 al 1970*. Milán, Selene, 1994; O. Patterson, *Slavery and social death. A comparative study*. Cambridge-Massachusetts-Londres, Harvard University Press, 1982; J. Ki-Zerbo, *Storia dell'Africa nera*. Turín, Einaudi, 1977; I. Berlin, *Slaves without masters*. Nueva York, Pantheon Books, 1975; R. W. Fogel-S. L. Engerman, *Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery*. Nueva York, Norton, 1974; G. Frederickson, *The Black Image in the White Mind: The Debate on Afro-American Character and Destiny*. Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1971; E.D. Genovese, *Roll, Jordan, Roll. The world the slaves made*. Nueva York 1974; J. H. Franklin, *From Slavery to freedom. A History from American*



aspectos de la política esclavista que, en su opinión, favorecerían a las potencias europeas, subrayando que su abolición sería antieconómica y que llevaría al derrumbamiento del sistema productivo de aquellos países europeos que poseían colonias en América³. Además, ellos querían demostrar que las colonias americanas⁴ eran un indiscutible manantial de riquezas. El empleo de esclavos negros era fundamental e indispensable para permitirles a las potencias coloniales europeas en el siglo XVIII que mantuvieran sus buenas condiciones económicas; de ahí que la esclavitud se considerara también una solución del problema de la pobreza europea. Cabe destacar que, en las colonias de América del Norte, esta brotó de particulares necesidades de tipo económico⁵.

La justificación empleada para su mantenimiento atañía a la presuposición según la cual los europeos le habían ahorrado al pueblo africano terribles condiciones de vida, por lo que su vida en las colonias podía ser parangonada al paraíso terrenal. A los filoesclavistas se les iba la mano sosteniendo que no habían hecho nada malo cuando habían desarraigado a los negros de su contexto para trasplantarlos de forma coactiva en América porque –en realidad– los habían salvado de una existencia llena de estrecheces. Además, también se servían de los desórdenes y de los conflictos de la sociedad africana para justificar la trata. En efecto, en sus análisis, autores esclavistas como Melon, Linguet, Malouet, Castillon, Barrère⁶, etc., aspiraban a transformar la

Negros. Nueva York, Knopf, 1969; P. Chaunu, *Conquête et exploitation des nouveaux mondes*. París, PUF, 1969; E. D. Genovese, *The Political Economy of Slavery: Studies in the Economy and Society of the Slave South*. Nueva York, Pantheon Books, 1965; S. Elkins, *Slavery: A Problem in American Institutional and Intellectual Life*. Chicago, University of Chicago Press, 1959; K. Stamp, *The Peculiar Institution: Slavery in the Ante-Bellum South*. Nueva York, Knopf, 1955. Cfr. también la revista estadounidense *William and Mary Quarterly* y la inglesa *Slavery & Abolition*.

3. A este propósito, véase la obra clásica de C. Biondi, *Mon frère, tu es mon esclave! Théorie schiaviste e dibattiti antropologico-razziali nel Settecento francese*. Pisa, Editrice Libreria Goliardica, 1973. De la misma autora es la obra sobre la literatura antiesclavista *Les esclaves sont des hommes. Lotta abolizionista e letteratura negrofila nella Francia del Settecento*. Pisa, Editrice Libreria Goliardica, 1979.

4. Por lo que a los asuntos relacionados con el descubrimiento, la conquista y la sucesiva colonización se refiere, véanse M. M. Benzoni, *Americhe e modernità. Un itinerario tra storia e storiografia dal 1492 ad oggi*. Milán, Franco Angeli, 2012; J. H. Elliott, *Empires of the Atlantic World. Britain and Spain American 1492-1830*. New Haven, Yale University Press, 2007; A. Gerbi, *La disputa del Nuovo Mondo. Storia di una polemica*. Milán-Nápoles, Ricciardi, 1983.

5. G.M. Fredrickson, *Racism: A Short History*. Princeton University Press, 2002; A. Burgio, *L'invenzione delle razze. Studi sul razzismo e revisionismo storico*. Roma, Manifestolibri, 1998; C. A. Wilson, *Racism: from Slavery to advanced Capitalism*. Londres, Sage, 1996; G.M. Fredrickson, *The arrangement of race. Historical perspectives on Slavery, Racism and Social Inequality*. Hanover, Wesleyan University Press, 1988; G. Gliozzi, *La scoperta dei selvaggi. Antropologia e colonialismo da Colombo a Diderot*. Nibbio, Principato, 1971.

6. Cfr. P.V. Malouet, *Mémoire sur l'esclavage des nègres*. París, 1788; J. L. Castillon, *Considérations sur les causes physique et morales de la diversité du génie, des moeurs et du gouvernement des*



esclavitud en una práctica legítima porque garantizaba la supervivencia y la existencia de una población, a pesar de estar caracterizada por aspectos negativos que eran ineludibles en toda asociación o forma de poder creada por el hombre.

Su opinión era corroborada aún más por la teoría climática del siglo V a. C., retomada por la escolástica medieval y muy difundida en la época de los descubrimientos geográficos, según la cual había diferencias en el aspecto físico y en el carácter de los habitantes dependiendo del lugar en que vivían; de ahí que algunas poblaciones estuvieran inclinadas a la sumisión y otras al mando. Por lo tanto, estando acostumbrados a vivir bajo temperaturas muy altas, solo los negros se podían someter a los trabajos forzosos sin que se agotaran físicamente.

La teoría poligenética que tuvo éxito en el siglo XVIII, contrapuesta a la monogenética, confirmaba aún más esta hipótesis climática, y hacía referencia a un nuevo orden biológico para demostrar la inferioridad de algunos grupos humanos, con tal de preparar los cimientos del racismo moderno, basándose en la presuposición según la cual las poblaciones del mundo tenían antepasados diferentes, de los que —a su vez— descendían poblaciones inferiores y superiores⁷.

Además, los partidarios de la esclavitud también se servían de motivaciones filosóficas, incluso remitiendo a las temáticas de Aristóteles relativas a la esclavitud natural de algunas poblaciones⁸.

En ellos influía también una tesis del naturalista Georges Buffon. A pesar de no haberse expresado nunca claramente a favor de la lucha a la esclavitud, él opinaba que en el mundo existían especies más pequeñas y frágiles —como las americanas— que las que vivían en Europa. Él aplicaba esta teoría no solo a las especies animales y vegetales sino también a los seres humanos, de ahí que propusiera una subdivisión

nations, Bouillon, La Société typographique, 1769; S.-N. H. Linguet, *Théorie des loix civiles ou Principes fondamentaux de la société*. Londres, 1767; P. Barrère, *Dissertation sur la cause physique de la couleur des nègres, et de la dégénération de l'une et de l'autre*. París 1741, J. F. Melon, *Essai politique sur le commerce*, 1734.

7. Cfr. A. Gerbi, *La disputa del Nuovo Mondo. Storia di una polemica*, cit.; G. Gliozzi, *Adamo e il Nuovo Mondo. La nascita dell'antropologia come ideologia coloniale: dalle genealogie bibliche alle teorie razziali (1500-1700)*, Franco Angeli, Milán, 1977; A. Lovejoy, *The great chain of being. A Study of the History of an Idea*. Cambridge, Harvard University Press, 1936.

8. Cfr. *Etica, Politica, Retorica. Studi su Aristotele e la sua presenza in età moderna*. Japadre, L'Aquila, 1990, sobre todo el ensayo de G. Seel, *La giustificazione del dominio nella "Politica" di Aristotele*, pp. 57-73; G. Cambiano, «Aristotle and the Anonymous opponents of slavery», en M. I. Finley (ed.), *Classical slavery*. Londres, Frank Cass&Co., 1987, pp. 21-41; M. J. Finley, *Ancient slavery and modern ideology*. Nueva York, Viking Press, 1980; V. Goldschmidt, «La teoria aristotelica della schiavitù e il suo metodo», en L. Sichirolo (ed.), *Schiavitù antica e moderna. Problemi, storia, istituzioni*. Nápoles, Guida, 1979, pp. 183-203.



de los pueblos que vivían en la tierra dependiendo del color de la piel, de la dimensión del cuerpo y de la estatura. Esta supuesta y –claro está– falsa inferioridad natural de los americanos se convertía en un ulterior pretexto para negarles también la legitimidad a las sociedades mestizas que nacieron en aquel continente porque –para Buffon– también el que se desplazara a aquellas tierras retrocedería en la escala del desarrollo físico⁹. Así que un planteamiento que solo debía ser científico llevaba a interpretaciones que relacionaban el carácter y el temperamento de los hombres con el aspecto físico.

Por lo que al frente antiesclavista se refiere, se discutió mucho de esto en Francia y Jacques Pierre Brissot, en 1788, fundó la *Société des amis des Noirs* con el objetivo de eliminar la esclavitud. De la *Société* formaban parte personajes destacados que se ocupaban de la defensa de los derechos humanos en todo ámbito social, como Condorcet, La Fayette, el abad Baptiste-Henri Grégoire. A pesar de sus esfuerzos, ellos no lograron que la Asamblea Constituyente aboliera la esclavitud y solo en 1794 la Convención Nacional la sancionaría definitivamente.

También en Inglaterra se desarrolló una asociación semejante, la *Society for Effecting the Abolition of the Slave Trade*, un movimiento abolicionista promovido por el diputado William Wilberforce y por el activista Thomas Clarkson, con el apoyo del primer ministro William Pitt.

Una de las obras antiesclavistas más exitosas e influyentes fue el importante volumen escrito por Raynal, gracias también a la ayuda de Denis Diderot, *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*¹⁰. El texto se presenta tanto como una historia del comercio colonial y, pues, como una celebración del mercado internacional, así como uno de los más eficaces ejemplos de la literatura antiesclavista, porque condenaba las secuelas de la colonización europea. Se hacía hincapié sobre el hecho de que la nueva esclavitud había sido útil a los imperios coloniales, que habían privado de su natural libertad a un notable número de seres humanos solo por sus objetivos comerciales. Estos hombres estaban sometidos a un doble trastorno de personalidad: se les privaba de la libertad individual y se les alejaba forzosamente de su lugar de origen. La esclavitud le negaba al hombre su fundamental e inalienable derecho: ser dueño de sí mismo.

9. Cfr. G. Buffon, *Histoire naturelle générale et particulière, avec la description du cabinet du roi*. París, Imprimerie Royale, 1749-1789.

10. Cfr. G. T. Raynal, *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*. Ginebra, chez Jean-Leonar Pellet, 1780.



Además, para Diderot, la esclavitud les quitaba a los europeos algo esencial para su vida: la compasión. A pesar de vivir el hombre europeo del siglo XVIII en una época que reconocía otro sentimiento, el de la empatía (aunque en su acepción de simpatía)¹¹, y de reconocer las difíciles condiciones de los indios, le costaba sentir compasión por los avatares de los negros. El mismo Diderot reconocía la existencia de un solo obstáculo que, en el momento en que escribía, le parecía inquebrantable: el color de la piel diferente. De ahí que la diferencia más importante entre el esclavo y el dueño fuera una característica estética que no podría modificarse¹².

Condorcet, quien profesaba la universalidad de los derechos, creía que la abolición de la esclavitud era un deber imprescindible del hombre que vivía en la civilización de las Luces. Los europeos no solo eran culpables de que habían privado de la libertad a los africanos, sino también de todos los delitos que habían sido cometidos para llegar a este acto deplorable. Él proponía la inmediata supresión de la trata, pero no de la esclavitud, cuya abolición requería de un proceso gradual¹³.

También Montesquieu, en el *De l'esprit de lois*, presentando un análisis general de la esclavitud partiendo de la romana hasta llegar a la colonial, confutaba los principios de los filoescavistas. Creía que los europeos podían someter a los africanos para poder cultivar sus tierras tras haber exterminado a la población amerindia.

Al igual que Condorcet, él no hablaba de una abolición inmediata, sino de un progresivo mejoramiento de las condiciones de los negros¹⁴.

En Inglaterra, Adam Smith opinaba que la única motivación para justificar la esclavitud era el comercio, de ahí que fuera necesario buscar mano de obra asalariada que tendría que sustituir –por lo que al trabajo en las plantaciones se refería– a los negros cuando estos se emanciparan. De hecho, recordaba el ejemplo de la cultivación del trigo en las colonias inglesas llevada a cabo por hombres libres, mientras que las plantaciones de azúcar y tabaco eran cultivada por esclavos. Además, decía que si los cuáqueros de Pensilvania habían liberado

11. Cfr. L. Hunt, *Inventing Human Rights. A History*. Nueva York-Londres, Norton&Company, 2007.

12. A este propósito, véase G. Goggi, *Denis Diderot. Pensées détachées. Contributions à l'«Histoire des Deux Indes»*. Siena, Università di Siena, 1976-77 y M. Duchet, *Diderot et l'«Histoire des Deux Indes», ou l'écriture fragmentaire*. París, Nizet, 1978.

13. Cfr. Condorcet, *Riflessioni sulla schiavitù dei negri* (al cuidado de M. Grippo, prólogo de V. Dini). Nápoles, Colonnese Editore, 2003.

14. Cfr. Ch. L. de Montesquieu, *De l'esprit de lois*, 1748, Capítulo V, Libro XV. Véase R.P. Jameson, *Montesquieu et l'esclavage. Étude sur les origines de l'opinion antiesclavagiste en France au XVIII^e siècle*. París, Hachette, 1911.



a todos los esclavos negros, también los europeos podrían hacerlo y cambiar, pues, el tipo de labrado de las plantaciones.

Adam Smith llegó, además, a la conclusión de que, desde el punto de vista económico, el coste de la mano de obra esclava era incluso superior a la asalariada, si se consideraban todas las fases relacionadas con la trata de esclavos¹⁵.

Al igual que Smith, otros autores del imperio inglés como David Hume¹⁶ y John Millar¹⁷ se habían opuesto claramente a la práctica de la esclavitud.

Este importante debate entre los más fervientes autores ilustrados también afectó a la península italiana, demostrando la importancia “transnacional” de la cuestión ya bien entrado el siglo XVIII.

En efecto, en la segunda mitad de este siglo, a los estados regionales italianos no les interesaba directamente la política colonial, porque no tenían colonias allende el océano. Pero mientras esta temática se les escapaba a los intereses estatales, los intelectuales compartían la cultura europea; en efecto, en la Península circulaban las obras de los autores mencionados anteriormente. Sus ideas habían interesado a los estudiosos italianos por las cuestiones concernientes a las relaciones coloniales, la explotación de los esclavos y el mejoramiento de su condición. Además, este gran interés derivaba de la gran carga pragmática de la que se alimentaba la Ilustración de finales de siglo, cuidando de averiguar los costos y beneficios del colonialismo y, sobre todo, de acentuar la igualdad entre los hombres, de la que la esclavitud representaba la más evidente negación¹⁸.

Sobre todo la cultura napolitana se interesó por esta corriente de pensamiento, lo cual convirtió a los intelectuales del Reino de Nápoles en sujetos muy adelantados en el pensamiento europeo del siglo XVIII.

Un exponente de relieve de la temporada ilustrada, intérprete de las exigencias del pueblo napolitano e italiano en general, interesado por los acontecimientos europeos y por aquellos allende el océano fue Matteo Angelo Galdi¹⁹.

15. Cfr. A. Smith, *An Enquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Londres, Strahan, 1776.

16. Cfr. D. Hume, «Of the Populousness of Ancient Nations», en *Essays, Moral, Political, and Literary Summary*, Essay XI. Londres, Grant Richards, 1903 (I^{ra} edición, 1742).

17. Cfr. J. Millar, «The Origin of the Distinction of Ranks», en W.C. Lehmann (ed.), *John Millar of Glasgow 1735-1801*. Nueva York, Arno Press, 1979 (I^{ra} edición, 1771).

18. Cfr. V. Ferrone, *Lezioni illuministiche*, Roma-Bari, Laterza, 2010.

19. Galdi nació en Coperchia (Salerno) en 1765. Fue discípulo del filósofo y matemático Gennaro Fiore y de Giuseppe Grippa, profesor de Astronomía y de Física por la *Scuola Regia di Salerno*. En 1785 se trasladó a Nápoles para cursar Derecho. Tras conocer a Filangieri, quiso reformar pacíficamente la humanidad, pues ambos consideraban que la libertad política era la premisa esencial



En la primera fase de su vida literaria, Galdi colaboró activamente con el *Magazzino Enciclopedico Salernitano*²⁰, un periódico literario que tendía a demostrar que también Salerno, al igual que Nápoles mucho antes y de forma provechosa, compartía el fermento cultural e intelectual típico de la Ilustración europea. Él contribuyó a la difusión del saber sobre todo como poeta, con varios sonetos, hasta publicar, en 1789, a los 24 años, *Del commercio dei negri. Disamina di una memoria del signor Linguet*²¹.

para que se diera una temporada de reformas básicas para el Estado. Como hombre de la Ilustración, empleaba su método crítico para examinar e intentar sanear las condiciones económicas y sociales del Reino de Nápoles. Partiendo de una primera fase de posibles cambios relacionados con las reformas borbónicas, a lo largo de su estada en la Capital se acercó a los ideales jacobinos, creyendo en una posible unificación italiana, con una forma de gobierno republicana y democrática; formó parte de las sociedades populares, lugares de debate, centros de poder y de iniciativa política, esto es círculos que conjuraban contra el soberano, total que, en 1794, precisamente por haber participado en una conspiración contra los Borbones, fue obligado a huir a Francia. Se quedó en el Estado francés desde 1794 hasta 1796; vivir en el centro propulsor de los ideales revolucionarios lo empujó a considerar que la misma revolución era el único impresionante y radical evento capaz de sacudir a la sociedad provocando un cambio real y sólido. Por eso creía que la revolución era casi un suceso catártico, pues el único capaz de modificar las condiciones de la colectividad. De 1796 a 1799 vivió en la Milán cisalpina, en la que seguía pensando que los principios de la revolución podrían llegar a adquirir dimensiones mundiales. La Revolución francesa había dado lugar a otro momento histórico, en el cual la libertad del comercio aseguraría el bienestar económico de toda la población. Se enroló en la *Armata d'Italia* y, al final de la campaña, regresado a su tierra tras la llegada de Joaquín Murat, el soberano francés le encomendó la educación pública. En 1809, lo nombraron intendente de Molise. Tras la vuelta de los Borbones, y gracias a la "política de la amalgama" de Luis de Médicis, conservó los cargos gubernamentales, y lo nombraron presidente de la Asamblea del Parlamento del Reino de las dos Sicilias en 1820. Se murió en Nápoles en 1821. Para profundizar mejor la vida y el pensamiento de Matteo Angelo Galdi, véanse G. Tuccillo, *Antischiasmismo e diritti dell'uomo nel Settecento italiano*. Nápoles, Cliopress, 2013, pp. 307-328; M. Scola, *Il repubblicanesimo di Matteo Angelo Galdi (1789-1799)*. Florencia, CET, 2010; M. Galdi, *Memorie diplomatiche*, A. Tuccillo (ed.), Nápoles, Guida, 2008, pp. 5-64; M.R. Strollo, *L'istruzione a Napoli nel decennio francese: il contributo di Matteo Angelo Galdi*. Nápoles, Liguori, 2003; M. Themelly, «La crisi del 1799 e i problemi del nuovo ordine napoleonico nell'opera del salernitano Matteo Galdi», en I. Gallo (ed.), *La rivoluzione del 1799 in provincia di Salerno. Nuove acquisizioni e nuove prospettive*. Salerno, Laveglia, 2000; C. D'Alessio, «Galdi, Matteo Angelo», en *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana Treccani, 1998, vol. 51, pp. 374-377; L. Casilli, «Matteo Galdi intendente di Molise», pp. 47-60, M. Themelly, «Le riforme, la rivoluzione, lo Stato nel pensiero di Matteo Galdi», pp. 459-471, E. Granito, «Dalla maestà del re alla maestà del popolo: considerazioni sul pensiero politico di Mario Pagano, Matteo Galdi e Vincenzo Russo», pp. 481-503, en E. Granito-M. Schiavino-G. Foscarini (ed.), *Il Principato Citeriore tra ancien régime e conquista francese: il mutamento di una realtà periferica del regno di Napoli*. Salerno, Archivio di Stato di Salerno, 1993; P. Frascari, «Matteo Galdi: analisi di una trasformazione ideologica durante il periodo rivoluzionario-napoleonico in Italia», en *Rassegna Storica del Risorgimento*, LIX, 1972, pp. 207-234; M. Galdi, «Necessità di stabilire una repubblica in Italia», en A. Saitta, *Alle origini del Risorgimento: i testi di un «celebre» concorso (1796)*. Roma, Istituto Storico Italiano per l'età Moderna e Contemporanea, 1964, pp. 320 y ss.; M. Galdi, «Idea delle rivoluzioni», in R. De Felice (a cura di), *I giornali giacobini italiani*. Milano, Feltrinelli, 1962, pp. 145-147; D. Cantimori, «Matteo Angelo Galdi», en D. Cantimori-R. De Felice (ed.), *Giacobini italiani*. Bari, Laterza, 1956-1964, I, pp. 439-443; L. Rossi, *Il pensiero pedagogico di Matteo Galdi*. Milano-Roma-Napoli, Dante Alighieri, 1926; M. Orza, *La vita e le opere di Matteo Angelo Galdi. Con appendice di lettere diplomatiche*. Nápoles, Premiata Scuola Tipografica dei Sordomuti, [1908].

20. Para analizar el contenido de la revista dieciochesca salernitana, véase A. Capone, *Il «Magazzino enciclopedico salernitano»*, en *Rassegna Storica del Risorgimento*, Libro 2 (abril-junio de 1963), 1963, pp. 251-270.

21. Cfr. M. Galdi, «Del commercio dei negri. Disamina di una memoria del signor Linguet», en *Magazzino Enciclopedico Salernitano*, n. 1, viernes 3 de julio de 1789, pp. 3-7; n. 2, viernes 10 de julio de 1789, pp. 13-16. Véanse también los ensayos de A. Tuccillo, «Contro l'«escrebilib



El joven salernitano interpretaba el problema de la esclavitud en las colonias americanas y del comercio de los negros examinando un documento de Simon Nicolas Henri Linguet²². El enfoque jurídico de Linguet tendía a refutar las teorías igualitarias de Montesquieu y Rousseau, quienes opinaban que todos los hombres nacían iguales, de ahí que la esclavitud chocara con las leyes de la naturaleza. Para Linguet, por el contrario, el pacto social se basaba precisamente en la desigualdad de las personas; desde un punto de vista moral, opinaba que la esclavitud se podía condenar porque menospreciaba la condición de un ser humano aunque, desde un punto de vista político y económico, creía en la imposibilidad de compaginar la igualdad y la propiedad privada, puesto que para él la riqueza era una distinción objetiva. Para avalorar sus tesis, decía que el continente europeo estaba enlazado de manera indisoluble con el comercio de los negros en África porque su trabajo en las colonias era indispensable, por lo tanto la abolición de la trata ocasionaría graves perjuicios económicos a todos aquellos Estados que fundamentaban su economía en el esclavismo.

Para Galdi –que había estudiado Derecho pero que prefería analizar los sucesos histórica y políticamente–, alejarse de Linguet, abogado y político muy conocido y apreciado, significó aceptar un desafío cultural con un exponente político y publicista que, en sus disertaciones filoescavistas, empleaba toda la retórica y el lenguaje refinado, a veces incomprensible, del polemista por naturaleza.

El ensayo de Galdi se publicó en dos partes: en la primera, representaba y demostraba las características de humanidad de los negros; en la segunda, refutaba el pensamiento de Linguet.

Su obra empezaba analizando la situación de la disputa europea relativa a la abolición de la esclavitud, deteniéndose en el papel que Inglaterra estaba desempeñando en la misma disputa. En efecto, Galdi ponía en evidencia el hecho de que toda Europa confiaba en los ingleses para que mostraran a los demás Estados la importancia de la abolición del comercio de los esclavos, una práctica que estaba desvalorizando el significado de la palabra “humanidad”, que tanto les gustaba a los Ilustrados. Galdi les reconocía a los ingleses esta respon-

commercio infame”. Matteo Galdi e il problema della schiavitù coloniale», en A. Alimento (ed.), *Modelli d'oltre confine. Prospettive economiche e sociali negli antichi Stati italiani*. Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2009, pp. 163-178; G. Parisi, «Del commercio dei negri». Un articolo di Matteo Angelo Galdi nel «Magazzino enciclopedico salernitano», en E. Di Rienzo-A. Musi (ed.), *Storia e vita civile. Studi in memoria di Giuseppe Nuzzo*. Nápoles, ESI, 2003, pp. 591-619.

22. Simon Henri Linguet era un abogado y publicista francés; su obra más importante es *Théorie de lois civiles, ou principes fondamentaux de la société* (1767), en la cual dedica un capítulo a la esclavitud.



sabilidad porque, con respecto a los pasados sucesos históricos, habían aprendido a conocer mejor que los demás el valor de la libertad. Al mismo tiempo, él se asombraba del hecho de que Linguet pudiese apoyar con su obra literaria a los despreciados traficantes de esclavos, permitiendo este abyecto comercio, y eso que el escritor formaba parte de un Estado que había formado personalidades que profesaban la tolerancia y el respeto como base fundamental de las relaciones humanas, como Voltaire y Montesquieu²³.

En su enfoque interpretativo, Galdi también analizó los escritos del escocés Robertson²⁴ y del francés Raynal²⁵, demostrando un interés por los aportes europeos y revelando una circularidad de las problemáticas entre los intelectuales ilustrados y una cultura no provinciana que exhibió sobre todo durante su experiencia en Lombardía, entre 1796 y 1798. En sus obras, Robertson y Raynal partieron de la inicial condena de Cristóbal Colón y, pues, de los genoveses, quienes bajo su dirección habían descubierto el Nuevo Mundo y empezado la primera forma de comercio de los hombres, sentando los cimientos de la que sería una terrible llaga en los siglos siguientes. De tal forma que ellos opinaban que al pueblo italiano le correspondía la responsabilidad de haber cometido el pecado original de la trata.

Galdi defendía a los primeros conquistadores italianos, sosteniendo que su comportamiento no podía prever todo el horror siguiente; además, solo por poco tiempo ellos habían podido sacar provecho de las secuelas económicas de sus maldades, mientras que los franceses seguían sacando dinero de la trata. A pesar de eso, compartía una parte de la tesis de los dos estudiosos: Colón había nacido en Italia, y fueron los italianos los que empezaron a convertir a los hombres en mercancía a intercambiar²⁶. De tal manera que, con esta breve reflexión, atribuía a todo el pueblo europeo la responsabilidad del crimen cometido, un concepto que desarrollaría también en algunos ensayos posteriores²⁷.

Con el descubrimiento de América, se había difundido el mito de la superioridad de la civilización europea que no solo se fundamentaba

23. Cfr. M. Galdi, *Del commercio dei negri. Disamina di una memoria del signor Linguet*, cit., n. 1, p. 3.

24. Cfr. W. Robertson, *The history of America Books*. Londres, 1777/1796.

25. Cfr. G. T. Raynal, *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, cit.

26. Cfr. M. Galdi, *Del commercio dei negri. Disamina di una memoria del signor Linguet*, cit., n. 1, p. 3.

27. *Ibid.*, «Dei rapporti politico-economici fra le nazioni libere», en D. Cantimori-R. De Felice, *Giacobini italiani*. Bari, Laterza, 1964, vol. II, pp. 209-364.



en los conocimientos culturales, técnicos y científicos, sino también se legitimaba en la fe cristiana. Antes que todo, los indios y los africanos no estaban acostumbrados a una religión monoteísta, sino a ritos y supersticiones, lo cual llevaba a los europeos a ser “diversos” y superiores respecto de quien aún no había conocido la “verdadera religión”. Esta carencia representaba el eje de su condición de inferioridad y de falta de humanidad.

Los europeos tenían una actitud diferente hacia los musulmanes quienes, a pesar de haberse enterado de la palabra de Dios, habían elegido intencionalmente creer en Alá y por eso los consideraban infieles. La conciencia moderna de Europa y su identidad se desarrollaron y definieron confrontándose y chocando con el Islam; con la conquista de América, con el descubrimiento del otro²⁸ y con el comercio de los esclavos se formularon y precisaron las características del hombre europeo, sus premisas morales y su diversidad respecto de todas las demás alteridades. Europa, tras haber definido a los demás, se definía a sí misma y su modo de ser.

En el siglo XVIII, con la Ilustración se estaban derrumbando las certidumbres relacionadas con la superioridad intelectual y religiosa; el principio de la tolerancia les exigía a los europeos una actitud diferente, que superara pues el concepto de discriminación, de ahí que los hombres llegaran a ser todos iguales, prescindiendo de las características étnicas, psicosomáticas y religiosas.

En efecto, Galdí tocaba lo más álgido concentrándose en el concepto de “inferioridad”. El problema y las relativas consecuencias del comercio de los esclavos africanos tenían que ver con esta visión de los negros considerados sujetos inferiores a los europeos, y precisamente en la base de esta convicción se fundamentaban la trata de los negros, el sometimiento y la fallida costumbre de azotarlos de forma inusitada.

Galdí notaba con cierto pesar que los europeos –quienes creían que eran superiores por naturaleza– habían podido someter a un pueblo considerado inferior y emplearlo para incrementar sus ganancias, ya que la explotación indiscriminada era uno de los aspectos fundamentales de la idea misma de imperio. A partir del siglo XVI, para los europeos este concepto de superioridad justificaba el empleo de la fuerza, antes con los indios y luego con los negros.

28. Con referencia al descubrimiento del “otro” y a sus consecuencias, véanse D. Abulafia, *The Discovery of Mankind. Atlantic Encounters in the Age of Columbus*. Nueva Haven-London, Yale University Press, 2008 y T. Todorov, *The Conquest of America. The Question of the Other*. Nueva York, Harper&Row, 1984.



La Ilustración debilitaba estas certidumbres cuando reclamaba la igualdad entre todos los seres humanos. Tal como otros autores ilustrados antiesclavistas, con su obra Galdi aspiraba a demostrar, en la base de premisas específicas, que los negros no eran inferiores a los blancos y que se considerarían iguales cuando se erradicaran todos los prejuicios y las equivocadas convicciones sobre su existencia. Se necesitaba de unos criterios reconocidos siempre y por doquier para evaluar a una población y atribuirle las características de “humanidad”. Para Galdi, estas presuposiciones no eran otra cosa sino la presencia de una sociedad, de una religión y de una moral. Ante estos tres factores, se podía afirmar claramente que se trataba de “hombres” semejantes a los demás y a quienes se deberían extender los derechos inviolables²⁹.

Galdi analizó estos tres factores de forma comparativa.

En Europa, a partir del siglo XIV, se desarrolló una organización del poder llamada Estado moderno que, con el paso de los siglos, había adquirido formas mejor estructuradas y con características muy claras. Ahora bien, el Viejo Continente fue afectado por esta institución, por lo tanto este orden estatal podría dificultar la comparación con otras realidades; lo cual empujó Galdi a no considerar esencial la presencia de un Estado tal como se conocía en Europa, sino una sociedad, es decir, un conjunto de hombres que vivían juntos siguiendo unas reglas fijas y bien consolidadas, también de forma consuetudinaria. Partiendo de esta presuposición, destacaba que los negros tenían su sociedad. Ellos vivían en pequeñas aglomeraciones, independientes el uno del otro, su existencia dependía de sus soberanos, tenían leyes que reglamentaban sus comportamientos en la sociedad de pertenencia y respecto de las demás. Así que, si existían hombres que vivían juntos, si había leyes y un soberano, entonces su forma de organización de la vida no era otra cosa sino una sociedad organizada.

Sin embargo, los europeos cristianos no podían tolerar otras formas de religión. Los que no creían en ninguna divinidad se consideraban bestias. Y a pesar de que los europeos hubieran estado en contacto con varias poblaciones a partir de la conquista de América y hubieran conocido hombres que adoraban ídolos, seguían con su visión intolerante. Solo con la Ilustración, con nuevas formas de concepción de la religión como el ateísmo y el deísmo, los europeos empezaron a tener una idea del Ser Supremo y de las creencias religiosas; además, se había desarrollado el concepto de la tolerancia hacia los

29. Cfr. M. Galdi, *Del commercio dei negri. Disamina di una memoria del signor Linguet*, cit., n. 1, p. 4.



que se habían alejado de la religión cristiana originaria, llevando a otras interpretaciones de la Biblia, hasta llegar a considerar a los hombres como tal, dotados de entendimiento y con capacidad de discernimiento, también aquellos que profesaban las religiones politeístas.

En este nuevo, amplio y variegado contexto de concepciones de la fe, Galdi opinaba que los negros, tanto solos como en comunidad, practicaban su religión. De hecho, ellos idolatraban a varios dioses y realizaban ritos extraños para los católicos pero que, en su tradición, eran sagrados y servían para granjearse la ayuda de su divinidad. Se trataba, pues, de un credo diferente respecto del cristiano, que bien podía parecer muy exterior, sin ninguna apariencia íntima o forma de sacralidad escrita, a pesar de ser también una forma de religiosidad, típica de una sociedad basada en un tipo diferente de devoción y con ritos diversos pero que no implicaban un desconocimiento de su valor intrínseco.

Finalmente, Galdi se ocupó de la moralidad, un concepto bastante lábil, porque era necesario definir *a priori* en qué consistía. Al igual que en los dos casos analizados antes, Galdi partía de la moral tal como se concebía en Europa para poder calificar al otro. El europeo era culto, se reunía en las Academias para poder discutir con los demás, llevaba ropa refinada; sin embargo, para Galdi estas características no eran suficientes para establecer criterios ciertos que permitieran definir la moralidad, de ahí que la ignorancia que se les atribuía a los negros no coincidiera con la falta de moralidad. Para Galdi era necesario que una persona no robara, no engañara y no matara para merecer una moral civil. Si un negro aparentaba ser ignorante, no hacía nada para mejorar culturalmente, no participaba en las ceremonias pomposas y no llevaba ropa a la última moda no perjudicaba a nadie, porque se trataba de características que atañían a la vida de cada individuo, pues no tenían ninguna influencia en la vida de los demás y no podían ser consideradas un criterio de evaluación de la que él llamaba “humanidad”. Además, su ignorancia no podía autorizar a los europeos a tiranizarlos por su extremo deseo de enriquecimiento. Las costumbres típicas de un determinado pueblo –en particular, el africano– no podían tener ninguna influencia negativa en la cotidianidad de los europeos. Diferentemente de los autores esclavistas, él opinaba que los negros tenían su moral porque no se mataban de manera injusta y no solían robar, a menos que no se encontraran en situaciones de necesidad extrema.

De ahí que Galdi pusiera en discusión las categorías conceptuales de la Europa dieciochesca que, por mucho tiempo, se fundamentaron



en una idea de superioridad que le parecía más supuesta que real. También es evidente que Galdi tendía a historicizar las características de la sociedad africana ciñéndose a su peculiar contexto, porque ampliaba el concepto de civilización, desenganchándolo de la “vulgata” europea.

Tras haber eliminado la distinción basada en los tres factores antes recordados, Galdi aclaraba que los africanos eran seres humanos y si, un día, un hombre con ganas de contar toda la verdad histórica dedicara una de sus obras a los avatares de los negros, escribiría páginas sobremana vergonzosas para toda la población europea³⁰. El que leyera este cuento tan inhumano no podría sino tener fuertes sentimientos de compasión por todo el dolor infligido a estos hombres, por todo el sufrimiento que habían padecido. Total que –según Galdi– no existía ninguna tragedia griega que pudiera mínimamente provocar en el alma humana un dolor similar al que suscitaría la lectura de este libro. Además, evidenciaba que también la crueldad infligida por los griegos y los romanos a sus esclavos no podía parangonarse a la ferocidad de los europeos hacia los esclavos negros.

Este reconocimiento de las responsabilidades históricas de los europeos en la gestión colonial también caracterizará a sus obras sucesivas y a las de los escritores ilustrados hacia los efectos del colonialismo, valorizando plenamente el concepto de humanidad.

Luego, analizó el concepto de libertad con un axioma: «La esclavitud es opuesta a la libertad: la libertad es la base de todo derecho humano: la esclavitud, pues, es opuesta al hombre y destruye la misma naturaleza»³¹. Es importante destacar que este breve tratado de Galdi se publicó en los primeros días de julio de 1789, cuando el pueblo de Francia empezaba la Revolución, cuando los valores de la independencia americana se tenían bien claros en Europa y se habían concretado en la petición de derechos, de igualdad, de libertad para todos, sin ninguna distinción de clase. Respecto de estas premisas, la esclavitud aparentaba ser un acto deletéreo que destruía y aniquilaba a cada persona que la sufría y, por naturaleza, era opuesta a la verdadera esencia del hombre y a los principios revolucionarios. Por lo tanto, la libertad era el fundamento de todos los derechos humanos y la esclavitud no tenía nada que ver con la difusión de los derechos, así que era mejor eliminar la condición servil a la que los negros estaban obligados.

30. *Ibíd.*, p. 5.

31. *Ídem.*



Además, él subrayaba que quien quisiera ser libre, quien deseara disponer libremente de sus derechos en la sociedad no podía hacerlo en detrimento de los demás, despojándolos de la libertad; de ahí que también los negros pudieran reivindicar sus derechos para que su pretensión no quedara manca o totalmente inadecuada.

Cabe recordar que los jacobinos franceses fueron los primeros en abolir la esclavitud de los negros en la isla de Santo Domingo en 1794, mientras que en América del Norte, a pesar de la guerra de Independencia y de la consiguiente Declaración, eso ocurrió solo en la segunda mitad del siglo XIX.

Luego Galdí analizaba las temidas y tan reprobadas revueltas de los esclavos, las cuales se habían dado en varias zonas del mundo y en diferentes momentos históricos; en todas el sometido se había rebelado al opresor, su dueño. Nadie se asombraría por estos comportamientos porque cualquier hombre sin libertad, a la hora del rescate, reaccionaría de forma violenta. No se podía esperar que la petición de libertad por parte del que había trabajado tan duro y obligado con fuerza brutal, y al que se le había negado amar y crear una familia sino a las condiciones de su dueño, no fuera violenta y no llevara a otras pérdidas de vidas humanas.

Una sociedad que se definía civil debía frenar toda forma de venganza, permitir una existencia tranquila, lejos de todo ímpetu de violencia pero –según Galdí– solo si todos los hombres lograran la libertad y la igualdad de los derechos se llegaría a una sociedad por fin pacificada.

Al igual que los demás Ilustrados, Galdí analizaba las épocas históricas pasadas para poner de manifiesto cuál era la condición anterior de los negros. El legado histórico corroboraba sus consideraciones: los negros descendían de los egipcios y de los cartagineses, por lo tanto les recordaba a sus contemporáneos que no podían considerarse superiores a los demás haciendo hincapié en sus importantes orígenes, porque los africanos descendían de los cultos egipcios que tanta fama dieron a la historia con sus descubrimientos y conocimientos, y de los comerciantes cartagineses, una población con indiscutibles propensiones económicas. Se trataba, pues, de civilizaciones que no habían desaparecido por ignavia, sino por varios acontecimientos que –claro está– no dependían de su intrínseca falta de capacidad. Además, los europeos no podían complacerse de la gloria de su pasado, sino tendrían que recordar lo que fueron entre los siglos IX y XIV cuando hecha excepción de Florencia, Génova, Roma, Nápoles, Venecia y Salerno, el resto de Europa no se encontraba en condiciones mejores que las del pueblo africano³².

32. Ídem.



De esta aserción emergen dos aspectos de la formación de Galdi: procediendo de la Ilustración, él creía que la Edad Media fue un momento confuso de la historia del Viejo Continente, y ya existía lo que, *in nuce*, llegaría a ser un aspecto importante de su vida y formaría parte de sus ideas republicanas: la necesidad de una entidad única, la Italia unida.

El último aspecto importante para confirmar sus teorías era el económico.

Al respecto, opinaba que nadie admitiría que los negros vivían en una condición inferior a la de los blancos porque no fueron capaces de afrontar su mismo desarrollo económico y tampoco podían parangonarse con los europeos y con sus innumerables hallazgos e innovaciones. Gracias al clima favorable, a la invención de la brújula y de la prensa, estos pudieron acelerar el proceso de formación de su sociedad civil. Sobre todo para los europeos, fue fundamental recuperar los textos antiguos de los códigos griegos y latinos, una vuelta atrás que había ampliado su conciencia y reforzado la autoconciencia. Además, Galdi evidenciaba que los europeos desde siempre guardaban en particular un texto, convirtiéndolo en un amasijo de derecho, moral y religión: la Sagrada Biblia, el texto sagrado fundamental en el cual se reconocían a pesar de que, a menudo, se había vuelto un manantial de discriminación hacia el otro.

De ahí que, empleando una concepción típica del determinismo geográfico, Galdi opinara que lo que había contenido el desarrollo de las poblaciones africanas no había sido la falta de voluntad, sino el clima tórrido, que no les había permitido mejorar en las artes y en las industrias. Y si ellos no pudieron gozar de un clima favorable, no significaba que se les debía dejar vivir en el retraso, esto es, era necesario actuar para aliviar su condición y ayudarlos a mejorar económicamente. Y de esto debían hacerse cargo los europeos.

En esta primera fase del ensayo, el ilustrado salernitano confutaba todas las consideraciones negativas expuestas por los esclavistas con respecto a los negros.

En la segunda parte se ocupaba directamente de la obra de Linguet y de sus suposiciones.

Él ponía de manifiesto que, en un primer momento, el autor francés casi había confesado que la trata de negros era algo injusto. Para Galdi, a esta toma de conciencia debía seguir el análisis de los motivos que llevaron la población europea a emprender la esclavitud. En primer lugar, el ruín comercio de los esclavos había convertido en ley el interés económico de todos los individuos; Galdi, hombre de la



Ilustración, optaba por la primacía del interés general respecto del del individuo o de grupos de individuos. En segundo lugar, él destacaba que los europeos, empujados por su egoísta deseo de dinero, habían sacrificado los fundamentos de la razón y de la justicia que imponían la felicidad pública. Además –y esto no es menos importante–, con su arrogante y opresiva política, habían causado el sufrimiento a miles de hombres³³.

Linguet no se había interesado por ninguno de estos temas; él empezó su análisis con la condena de la trata como tal pero luego la justificó: 1) el comercio del “ganado humano” (términos empleados por Linguet) era detestable pero necesario; 2) la falta del mercado de los esclavos determinaría el derrumbe de la economía de los imperios³⁴. Por lo tanto, la injusticia de la acción cometida perdía su importancia a favor de la primacía del oportunismo comercial. Además, en la expresión “ganado humano” se hallaba el sentido de la discriminación y la equivalencia negro-bestia que, de hecho, legitimaba su sumisión.

Recuérdese que la motivación económica era el fundamento de toda visión esclavista, para la cual, para crecer y prosperar, los imperios coloniales³⁵ necesitaban de numerosa mano de obra, por lo cual su falta o escaso número, sin lugar a dudas, los llevaría a su ruina. Todo el trabajo en las colonias debían realizarlo los esclavos, de lo contrario los imperios derrumbarían. Sin embargo, precisamente la motivación económica –considerada en la perspectiva coste-beneficio– sería el estímulo más fuerte utilizado por los Ilustrados –y también para Galdi– para criticar las razones del provecho sobre las que se regían los imperios coloniales y la esclavitud³⁶.

En efecto, Galdi tendía a refutar esta necesidad económica y añadía otra variable interpretativa: era verdad que, con el paso del tiempo, los europeos tuvieron muchas más necesidades, pero esto ocurrió en detrimento de otras personas. La sumisión de otro pueblo no era y no debía ser un derecho para los europeos, sino debía considerarse algo contrario a la moral y a la religión. Además –y esto era fundamental–, el que vivía libre no podía convertir en esclavos a los demás; se trataba

33. *Ibíd.*, n. 2, p. 13.

34. *Ídem.*

35. Para un estudio sobre la economía real de los imperios, véase I. Wallerstein, *The Modern World-System. The Second Great Expansion of the Capitalist World-Economy, 1730-1840's*, vol. III. San Diego, Academic Press, 1989; *Id.*, *The Modern World-System. Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*, vol. II. Nueva York, Academic Press, 1980; *Id.*, *The Modern World-System. Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, vol. I. Nueva York/Londres, Academic Press, 1974.

36. Cfr. A. Pagden, *Lords of all the World. Ideologies of Empire in Spain, Britain and France c. 1500-c. 1800*. Nueva Haven-Londres, Yale University Press, 1995.



de una especie de traslación del principio cristiano de la hermandad implícito en el alma de los europeos, pero de hecho desaplicado.

Para eliminar todo el mal, era necesario buscar un remedio a la trata y encontrar una solución a la exigencia de mano de obra forzada que fundamentaba el predominio colonial. Galdi opinaba que los beneficios procedentes de la esclavitud no eran una prerrogativa de los europeos, sino que se debían repartir entre “imperialistas” y esclavos; luego se debía reconocer al esclavo la posibilidad de cultivar por su cuenta, pues, dar a este nuevo terrateniente la oportunidad de sacar provecho de los beneficios que se habían quedado en el Nuevo Mundo e invertirlos para la gestión de sus propias actividades laborales.

De ahí que el intelectual napolitano tuviera dos objetivos estratégicos: dejar recursos económicos en el Nuevo Mundo y emancipar al esclavo reconociéndole los mismos derechos que los europeos. La secuela directa de estas dos acciones sería el mejoramiento de la economía de las colonias, creando condiciones de desarrollo de las cuales podrían sacar provecho los mismos ex esclavos, quienes también podrían decidir –siendo libres– regresar a África, volviendo a poblar una tierra sin recursos humanos.

Además, Galdi pensaba que, después de haber liberado a los esclavos, para que no disminuyera el capital de sus propietarios, a estos se les podría asignar, por contrapartida, una prestación anual de tipo vitalicio, unos ingresos más seguros que la propiedad misma de un esclavo³⁷.

Lo único que el ilustrado salernitano no aclaraba era quién debería pagar este dinero.

Con este ensayo, él creyó demostrar que todos los seres humanos tenían igual dignidad y que, por consiguiente, tenían que gozar de la misma libertad y derechos naturales; al mismo tiempo, refutó la opinión de Linguet, quien creía que los esclavos eran indispensables para mantener los imperios coloniales, porque logró buscar una solución simple que sustituiría de forma elemental el trabajo forzoso.

En la base de estas consideraciones, es evidente que la abolición de la esclavitud estaba estrechamente relacionada con la valorización de conceptos como igualdad y libertad, las nuevas contraseñas de la Ilustración, de las que también procedía la centralidad del concepto de humanidad.

37. Cfr. M. Galdi, *Del commercio dei negri. Disamina di una memoria del signor Linguet*, cit., n. 2, pp. 14-15.



Entonces, creemos que es fundamental valorizar la labor de Galdi cuando intentó cruzar algunas reflexiones: la demolición del concepto de diversidad natural de los hombres y de los negros como tal y el desmantelamiento de las razones económicas de la esclavitud³⁸. Se trataba de un pasaje importante hacia la Modernidad, a pesar del miedo al juicio de la historia respecto de la trata de los negros, por las grandes responsabilidades que ella les imputaba a los europeos.

Traducción del italiano de M. Colucciello

38. *Ibíd.*, *Dei rapporti politico-economici fra le nazioni libere*, cit., pp. 209-364.